



BOLETIN DE LA CÁMARA

DEL

OBISPADO DE LEON.

SECRETARIA DE CAMARA.



Continúa la suscripción de la Diócesis de Leon en favor del Romano Pontífice.

	Reales.	Céts
Suma anterior.	116	860 55
D. Victor Olea de Sahagun, por duodécima vez.		38
D. Juan Anton Gutierrez, Párroco de S. Nicolás de Villalpando.		60
D. Angel Compadre Estudiante.		4
Total..	116	962,55

Leon 29 de Agosto de 1862.—Miguel Zorita Arias, Secretario.

SECRETARIA DE CÁMARA

DEL OBISPADO.

Deseando S. E. I. el Obispo mi Señor que los alumnos internos del Seminario Conciliar de esta ciudad, y el de San Mateo de Valdeñas, se preparen para dar principio al estudio con los ejercicios espirituales, en la forma que se ha verificado en los años anteriores, ha tenido á bien disponer que los Párrocos y Vicarios en cuyas feligresías residan al-

gunos, les hagan saber que el 21 de Setiembre próximo deberán pernoctar en el respectivo Seminario para empezar dichos ejercicios en el siguiente día 22, bajo la direccion de sus Rectores, previniéndoles que no se les admitirá otra escusa que la de estar enfermos, que deberán justificar con certificacion del facultativo y Párroco.

Los alumnos externos podrán asistir tambien á los mismos ejercicios y aunque esta asistencia es voluntaria se considerará como una prueba de su vocacion al Sacerdocio, que S. E. I. tendrá presente en tiempo oportuno, á cuyo efecto remitirán los Rectores lista de los que concurren. Lo que se publica en este Boletín de órden de S. E. I. para el debido cumplimiento. Leon 29 de

Agosto de 1862.—Miguél Zorita Arias, Secretario.

A continuacion insertamos dos preciosos documentos publicados primitivamente en un diario católico de Lóndres. Motivo justo hay en ellos para adorar las vias de la Divina Misericordia y para felicitarnos de haber nacido en el seno de una religion tan clara y esplicitamente sellada por la mano de Dios en sus ministros y en sus obras maravillosas.

Vean nuestros lectores:

CARTA ENVIADA POR EL
REVERENDO PADRE JOUEN, PREDICADOR
APOSTÓLICO DE MADAGASCAR Á SU
SANTIDAD PIO IX.

TANANARIVE, 8 de noviembre de 1861.—«Santísimo Padre: No es poco consuelo para vuestros hijos, los misioneros en Madagascar, el poder anunciar á Vuestra Santidad que al fin la grande isla africana está abierta para la predicacion del Evangelio, y que el nuevo Rey, Radama II, nos ha concedido todo cuanto pudiéramos desear para felicitarnos llevar á cabo semejante empresa.

»Cuando llegamos á la capital de su reino, el 24 de Setiembre de 1861, un mes despues de haber él subido al trono, le pedimos permiso para

establecernos en el centro de su reino para enseñar la fé y para abrir escuelas para la instruccion de la juventud.—«¡Qué es eso! contestó al instante, ¡daros permiso! pues si eso es cabalmente lo que con mayor fervor deseo; y no solo os autorizo, sino que en cuanto me es posible os mando que así lo hagais. Id, predicad y enseñad por todas partes donde querais. Todo mi anhelo se cifra en ver el sol de la verdad iluminando mi pátria.»

»Al ver unas disposiciones tan admirables, concebimos las esperanzas mas halagüeñas. Nos dimos prisa á comenzar nuestra obra. Tengo la dicha de hacer saber á Vuestra Santidad que nadie nos ha precedido, y que somos los primeros en ocupar el puesto.

»Ya nos hemos establecido en las dos mas importantes localidades: en Madagascar, Jamatave, situada en la cósta, y Tananarive, capital y centro de la isla.

»Aquí hemos instalado á los Padres y á las hermanas á cuyo cargo están las escuelas, así como tambien los establecimientos de caridad. El jóven Rey se complace en ver todos estos institutos, y los considera como poderosamente destinados en el porvenir á efectuar la felicidad de su reino y la regeneracion de su pueblo.

»Siendo Tananarive la parte mas central y la mas saludable de Mada-

gascar, resolvimos formar aquí nuestro cuartel general. Desde este punto nos será fácil esparcirnos por el interior de la isla, y esperamos conseguir mayor influjo sobre los habitantes de las provincias, quienes suelen guiarse por el ejemplo que les da la capital.

»Santísimo Padre, si nuestras esperanzas son grandes, no lo son menos nuestras dificultades. El enemigo ya ha tratado de sembrar la cizaña en el campo. Los misioneros metodistas, que habian estado durante diez años en la capital en el reinado de Radama I, y que fueron expulsados de ella por la Reina Ranaivalona, volvieron cuando esta murió, y no perdieron tiempo en ponerse á disputarnos la cosecha, la cual querian reclamar como suya, y apropiarse exclusivamente todas las ventajas. Afortunadamente sus prosélitos, cuyo único cristianismo consiste en leer la biblia, no dan señales, por lo menos hasta ahora, de abrigar ninguna hostilidad contra la religion católica, y tenemos motivo para esperar que no pasará mucho tiempo sin que lleguen á conocer la diferencia inmensa que hay entre la fria y falsa enseñanza del protestantismo, y los dones maravillosos que les ofrece la santa católica y apostólica Iglesia romana, con sus tiernos dogmas, su unidad de fé, la grandeza de su culto, los tesoros de su caridad, la gracia de sus Sacramentos y la

omnipotente eficacia del Santísimo Sacrificio del Altar.

«Pero sea de esto lo que se quiera Santísimo Padre, no podemos dejar de ver que es inmensa la empresa que debemos realizar. Esta no es una isla cualquiera; país tan grande como Francia, esté al cual Vuestra Santidad, en nombre y por amor de Jesucristo, nos ha enviado para cultivarlo; y estamos autorizados para creer que los esfuerzos del enemigo para sostener semejante conquista, serán proporcionados á la importancia que le dá. El grande Apóstol, á Dios gracias, nos ha enseñado á poner nuestra confianza solamente en la eficacia de los merecimientos de la sangre de Jesucristo: y en ellos, pues, la ponemos, así como tambien en la intercesion de la Santísima é Inmaculada Madre de Dios, y en las oraciones y bendicion de Vuestra Santidad.

»Hé nos, aquí pues, Santísimo Padre, postrados en espíritu á vuestros pies, que besamos con respetuoso y filial amor; y suplicamos á Vuestra Santidad que nos bendiga con el fervor de vuestro corazón tan lleno de ternura y cariño paternal; derramando especialmente las mas abundantes y misericordiosas bendiciones sobre el mas indigno de todos vuestros hijos y misioneros.—*L. Jouen.*»

La anterior carta fué acompañada de otra escrita por el joven Rey mis-

mo. Radama II, á nuestro Santísimo Padre. Dice así:

—«*Tananarive* 7 de noviembre de 1861.—Santísimo Padre: Tengo que anunciaros la muerte de mi madre, que ocurrió el 16 de agosto de 1861, así como tambien mi elevacion al trono con el título de Radama II.

»Una gran conspiracion se formó por impedir que yó sucediese á mi madre; empero la providencia me protegió, y desbarató todos los planes de los malvados.

»A todos los he perdonado, siguiendo el ejemplo de Jesucristo, y ni una sola gota de sangre ha sido derramada. He puesto en libertad á todos los desgraciados que gemian en la cárcel ó en cadenas.

«No tengo sino un solo deseo, Santísimo Padre, y es el ver á mis pueblos felices y civilizados; creo que el mejor medio de conseguir este fin, es el que se les enseñe la Religion cristiana.

»He mandado llamar misioneros, y les he autorizado para que instruyan á todo mi reino. Ya ha llegado á mi capital el Reverendo Padre Jouen con sus colaboradores para plantear escuelas y establecimientos de caridad, bajo el cargo de las Hermanas que para el efecto ha conseguido.

»Santísimo Padre, yo soy un Rey joven, y sin mucha esperiencia, y necesito mucha ayuda para poder debidamente cumplir la gran mision

que Dios me ha confiado. Me atrevo á contar con las oraciones y las bendiciones de Vuestra Santidad, y os las pido con todo el respeto y amor de un hijo para con su padre.»

DISCURSO

PRONUNCIADO EN ROMA POR MONSEÑOR

DUPANLOUP, OBISPO DE ORLEANS, EN

FAVOR DE LAS IGLESIAS DE ORIENTE,

EL DIA 3 DE JUNIO DE 1862.

(Continuacion.)

Allí oyeron la voz de Dios los primeros hombres, los primeros antepasados de la humanidad.

Allí estuvo el misterioso y venerable Eden; allí, en los tiempos de la inocencia primitiva y á orillas de los cuatro célebres rios que desde el Eden se dividian en direccion á los cuatro puntos cardinales del horizonte, la humanidad conoció un dia de ventura al que ¡ay! siguió demasiado pronto un relámpago y una triste y oscurísima noche... Por un momento todo fué allí en nosotros puro, noble, santo... pero ¡ay! en breve todo se trocó en desconcierto, humillacion y castigo.

Allí se aplicó y se impuso el primer castigo, luego despues de haber dado la primera promesa y la esperanza primera; sagrados oraculos repetidos de siglo en siglo por todos los profetas. Sí; allí se dieron todas las promesas y todas las bendiciones de Dios.

Allí fué donde Dios no tuvo jamás su misericordia sujeta á su cólera, y no quiso un solo dia olvidarse de sus bondades.

Allí fué donde, para demostrar que no habia roto con la humanidad, á pesar de la prevaricacion del primer hombre, buscó sus primeros amigos entre los hijos de Adán: Abraham, Isaac y Jacob, de quienes se complace en titularse el Dios, como si quisiera por este medio unirse á la familia de los hombres: *El que se llama el Rey inmortal de los siglos; el que es anterior á los siglos. El que Es*, llámase tambien el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, y Jesucristo en el Evangelio se complace en repetir estos nombres que revelan la amistad divina.

Allí se restableció solemnemente la alianza con nuestra naturaleza, y allí hubo un pueblo de Dios sobre la tierra.

Allí se mostraron á los hombres todas las figuras del sacrificio que debia salvar al mundo.

Allí se dejaron ver todos los hombres divinos, no solamente los antiguos patriarcas, sino tambien ese Melquisedec, Rey y Pontífice á la vez, *Rex et sacerdos*; que por el Pontificado y la Monarquía.—Monarquía de Justicia y de paz,—puede considerarse como imágen del Vicario de Jesucristo. Vedlo, ahí, señores: el Pontificado Real es tan antiguo como el mundo.

Moisés y Aaron; Moisés, libertador del pueblo de Dios y figura del gran libertador del mundo; Moisés, que en el humeante Sinai, vió á Dios frente á frente, y bajó de aquella cumbre para comunicar al mundo esa incorruptible luz de la ley que debia iluminar todos los siglos: *Incorruptum legis lumen incipiebat saeculo dari* (1).

Allí dejaron oír sus cánticos todos los profetas: David, Isaías y Jeremías; cantaban la gloria y los padecimientos de Jesucristo, la alegría y la tristeza de

(1) Sapient.

su Iglesia, como quiera que en los cánticos sagrados, lo propio que en las obras divinas, siempre la alegría va unida al dolor y el cántico de la victoria va precedido de los gemidos de los contratiempos.

Y al propio tiempo que los profetas dejaban oír sus cánticos, Dios estaba haciendo, en el seno del Oriente, en el fondo de las razas humanas, esa lejana y misteriosa preparación para que tuvieran cumplimiento todos los oráculos.

Allí pasaban unos despues de otros bajo la mano de Dios esos grandes imperios que vió Daniel, preparando el vasto imperio romano que los absorbió á todos para abrir paso á su vez, en el seno de un imperio mas vasto, á una unidad mas elevada, término final de todos los pensamientos divinos.

Y ese imperio, sin armas, fundado por la fé y por el amor, este último y supremo imperio en que debían terminar todos los movimientos de los pueblos y reasumirse toda la historia, ese imperio inmortal de Jesucristo, reservaba para tí tambien, oh Roma, el honor de ser su capital, para tí en cuyo porvenir trabajaron por espacio de cuarenta siglos el Oriente y el mundo antiguo, para tí llamada por un destino misterioso á ser por segunda vez la reina del mundo.

Roma, Caput mundi, quidquid non possidet armis

Religione tenet!

Ved aquí pues como todo empezó en Oriente, todo vino de Oriente, los nombres más célebres, las cosas mas notables de la humanidad, Moisés, Elías, Jesucristo, la Ley, la Profecía, el Evangelio.

Bajo el hermoso cielo de Oriente, á la sombra de esas palmeras y terebintos de que habla el Evangelio, al pié de esos

montes que describen el horizonte, en esos sitios cuyos nombres son altamente santos y queridos, Belen, Nazareth, el Tabor, el Calvario, se apareció un dia el mas bello y agradable de los hijos de los hombres, hijo de una Virgen pura, fruto admirable de la mas bella flor de la humanidad, hijo del hombre é hijo de Dios, complaciéndose en llevar con preferencia el título de hombre á fin de conversar mas familiarmente con nosotros y velar mejor su gloria; Jesucristo Nuestro Señor, un niño oriundo del Oriente, cuyas palabras han ilustrado el mundo, desconcertaron la sabiduría antigua, civilizaron al género humano y resucitaron muertos durante el corto trayecto de Belen al Calvario. *In terris visus est et cum hominibus conversatus est.* (1)

En los villorrios, en las ciudades, á orillas de los lagos, en los desiertos, en los montes los pueblos le seguian en tropel; y abriendo su divina boca, revelaba á los hombres las cosas del cielo.

¡Oh Oriente! ¡oh Manuell! ¡oh sol de justicia! ¿qué nos decís? ¿qué nos traéis?

Traia la ilustracion de los hombres y la Redencion á costa de su sangre; pues allí se derramó su sangre y consagró para siempre aquella tierra. Su divino apostolado era por medio de la Cruz el apostolado del amor y de la luz. A la tierra fria y helada y dormida en las tinieblas le traia la luz y la vida en la verdad pura y en la caridad celestial. Iba á franquear al mundo esos horizontes desconocidos, infinitos, de los cuales dijo el poeta inmortal de Italia; vuestro Dante, que *tienen por límites la luz y el amor. Che solo amore e luce ha per confine.*

(1) Barunch. 3, 38.

A esta nueva luz emanada del Oriente, todos los pueblos de la tierra debían realzarse y henchirse de alegría. Hé aquí, he aquí esa luz esperada y anunciada por los oráculos sagrados y los profanos, y hasta por la voz de todos tus grandes hombres, oh Roma. Hé aquí que se inicia esta nueva serie de grandes siglos que acompañando á todas las Sibilas cantó tu Virgilio: *Magnus ab integro sæculorum nascitur ordo*. Ved aquí esos misteriosos conquistadores que los pueblos esperaban del Oriente, como lo testifican tus graves historiadores, tu Tácito y tu Suetonio: *Venturos ab Oriente qui rerum potirentur*.

Ahí vienen; vedlos aquí.

¿Quién es ese hombre que está al pié del Capitolio, ese hombre recién venido de Oriente que lleva sobre su corazón una cruz de madera, encubierta debajo de su túnica de judío? Vedle ahí entre la agitada muchedumbre; acaso ve pasar á Neron que se dirige á su casa de oro, y que en breve le mandará crucificar; ese hombre es el que ha de reemplazar á los Césares, porque él es quien bajo el cielo de Oriente dijo un día á otro hombre: «Tú eres Cristo Hijo de Dios vivo,» *Tu es Christus, filius Dey vivi* (1), y á él le contestó este hombre Hijo de Dios vivo: «Simon, hijo de Juan, no te lo han revelado la carne ni la sangre, sino mi Padre celestial, y Yo te digo: Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia.»

¿Quién es ese otro oriental, que llega por la via Appia por donde ha pasado todo el mundo antiguo? ¿No le estais viendo en Pozzoles, de pié sobre la popa del buque, llevando consigo el Evangelio y la fortuna del mundo, y echando, desde allí una mirada de impaciencia sobre la Italia? Avanza luego hasta ese

forum Appi y esas tres tabernas (1) que están ahí todavía; ahí encuentra á los cristianos de Roma que han salido á su encuentro, y los consuela y fortalece con su cariño, pues que en su pecho de apóstol ocultaba un corazón de hombre, y el texto sagrado hace observar que su corazón tenía necesidad de confianza; la cobró *accepit fiduciam* (2), y dando gracias á Dios, *gratias agens Deo*, siguió adelante entre estos fastuosos sepulcros que vemos todavía, y los templos de las falsas divinidades, en el seno de esta gran Roma que venia á conquistar para Jesucristo. Pablo, el Apóstol de las naciones, era el que venia á terminar en Roma con el martirio la gran carrera apostólica comenzada en Damasco.

¡Ah! Cuando pienso en estos dos hombres, en ese pescador de Galilea, y en este otro no menos humilde que avanzan contra el coloso de Roma, ellos dos, ellos solos me quedo sorprendido.

Pero después de los apóstoles, he aquí que vienen del Oriente los hombres apostólicos.

¿A dónde va, impelido por los vientos y las olas, ese barquichuelo que conduce al resucitado de Betania, y á sus hermanas, Matra y María, que bogan por esos mares, abandonándose á la Providencia? La mano de Dios los conduce á la antigua tierra de los galos, á la pacífica playa de Marsella; y la ciudad de los fócios, cuna de la ilustración y de la civilización en nuestra patria, recibirá por medio de ellos una ilustración y una civilización superiores.

Y vos que habeis estado en conversación familiar con el apóstol San Juan, y vos discípulo de su discípulo Policarpo, Santos Potino é Ireneo, abandonais la risueña Jonia y vais á proporcionar

(1) Mat. 16, 16.

(1) Act. apost. 28, 15.

(2) Act. apost. 28, 15.

á la naciente Lion las gloriosas primicias de la fé cristiana y del martirio.

Y vos que habeis oido á San Pablo, en el Areópago, y que de este Senado célebre os habeis pasado á la escuela de este bárbaro, vos San Dionisio el Grande, vais hasta París, esa ciudad reservada para tan grandes destinos, todavia desconocidos; vais hasta París, impelido por el Espiritu de Dios.

¿Cuán brillantes rayos despedia á la sazón, Dios mio, la fé en ese Oriente que hacia extensivo su resplandor hasta los mas apartados confines del mundo occidental?

Allí habia las grandes Iglesias patriarcales de Jerusalem, Antioquia, Alejandría, Constantinopla, y tantas otras célebres Iglesias.

¡Oh Iglesias de Oriente, Iglesias de Jerusalem, de Antioquia, de Alejandría, de Efeso, de Atenas, de Corinto, de Cesarea, de Tesalónica, de Edesa, de Nicea, de Constantinopla! ¡Qué obispos! ¡qué santos! ¡qué doctores habeis visto en vuestras ilustres sedes! Allí se dieron á conocer los primeros apologistas; allí se celebraron en Nicea, en Constantinopla, en Efeso, en Calcedonia esos grandes concilios, en que se definieron para siempre los dogmas cristianos, y que San Gregorio el Grande en su acendrada fé reverenciaba tanto como á los cuatro Evangelios.

Por otra parte, desde la conquista de Alejandro, y para favorecer los secretos designios de Dios en la propagacion del Evangelio, se habia introducido en el Oriente una lengua admirable, la lengua griega, incomparablemente rica, precisa y armoniosa, la lengua de los filósofos, de los poetas de los oradores tan á propósito, como lo notaba ya San Basilio en su panegirico de San Anastasio, para precisar la entereza de nuestros dogmas y desenvolver su magnifi-

cencia. Los Padres del Oriente fueron los que sostuvieron la brillante grandeza de la literatura griega y perpetuaron su gloria.

Hé aquí, señores, como de todas esas Iglesias de Oriente se levantan por espacio de cinco siglos, esas grandes lumbreras, esos Padres de nuestra fé, apologistas, historiadores, teólogos, oradores, ved ahí á esas gloriosas pléyades del cielo de la Grecia, San Justino el filósofo, Milciades, Cuadrato, Meliton Atenágoras, Taciano, Clemente, Origenes, Eusebio, San Basilio, apellidado el Platon cristiano, San Crisóstomo, el de la boca de oro, San Gregorio Naciánceno, meliflúo poeta y teólogo divino, San Atanasio, el invencible controversista, y tantos otros nombres gloriosos que todavia conservan una aureola inmortal en las cristiandades de Oriente. Allí habia la ciencia, la elocuencia, la santidad y todas las glorias divinas y humanas á la vez ¡Qué fecundidad! ¡qué esplendor! ¡qué vida! ¡qué poder!

Pero ¡ay! ¡oh Constantinopla! Tú lo perdiste todo... Tú lo perdiste todo, cuando un dia obcecada quisiste elevarte y satisfacer tu orgullo dominando. La primacia de la Iglesia no fué concedida á tí, sino á Roma;... pero tu la codiciaste, y para conseguirla ¡ay! te entregaste tú misma á la esclavitud, te hiciste esclava. Quisiste conquistar las glorias mundanas, y tu triunfo fué origen de todas las miserias, y origen de ese monstruoso imperio, despótico y abyecto, que las naciones de Europa se cansan de sostener. Y tu patriarca envilecido y humillado, no ha sido mas que un vil juguete en manos de tus déspotas coronados.

Y hé aquí sin embargo lo que al presente se quisiera que fuese el augusto Pontífice de la Ciudad Eterna, el Guia de nuestra fé el Padre de nuestras al-

mas. Pero no, Dios mio, jamás será así, jamás.

Así, pues, el cisma entregó tristemente la Iglesia en manos del poder, y los pueblos en manos del islamismo; pues quieras ó no, la libertad de los pueblos es siempre solidaria de la libertad de la Iglesia. Constantinopla, que sucumbió al fin bajo la cimitarra de Mahoma, fué y sigue siendo á los ojos del mundo, el mas triste ejemplo de cuán caro cuesta á los pueblos romper con la Unidad.

Así es que despues de tantos siglos, esas magníficas comarcas, las mas florecientes del antiguo mundo, gimen bajo el embrutecido yugo de los turcos. ¿Qué se han hecho todas esas grandes é ilustres Iglesias que con orgullo os he citado no há mucho? Vosotros, piadosos obispos, que ahora mismo manifestais á la Iglesia de Roma los venerables ritos de vuestra liturgia oriental, vosotros mejor que yo, podeis repetir aquí los males de vuestras Iglesias, su servil condicion, su pobreza, su miseria y el terror mortal con que el fanatismo musulman las amenaza sin tregua. Pero ¿qué digo? ¿acaso los últimos rasgos de ese sangriento fanatismo no han espantado recientemente al mundo con horrores tales como no habia alumbrado otros el sol? Los castigos mas terribles enviados por Dios, ¿habian mostrado acaso nunca al mundo cuadro alguno comparable á los abominables asesinatos de Saida, de Harbeya, de Rachaya, de Der el Kamar y de Damasco?

Quizá el porvenir asombrado se preguntará cómo es que subsisten todavía ese despotismo y esa barbarie. «¡Ah! decia en otro tiempo Bossuet, la política sostiene ese imperio decrepito que está amenazando ruina; levanta á su alrededor barreras para evitar su derrumbamiento.» Lo propio sucede al presente; corroído hasta en sus entrañas, y

minado en su vacilante base, no subsiste mas que por merced del extraño acuerdo de las potencias cristianas... Se impide que se derrumbe sin poder impedir que perezca, y al morir, que oprima divida y debilite todavia los restos de nuestras Iglesias de Oriente. Y sin embargo, miles de cristianos estan gimien-do bajo su yugo, entregados casi sin defensa á su merced y á su ódio.

Pero dejemos esto á un lado, y ocupémonos solo de las almas, aunque por cierto muchas veces la suerte de las almas está bastante ligada á estas cosas, y á través del hierro, del fuego, de la sangre y de los horrores vayamos en pos de las almas, busquemos solo á las almas.

Gracias á Dios, las densas sombras de la oscura noche que envuelven tantos siglos há el triste Oriente, empiezan á esclarecerse, y se dejan ver algunas señales consoladoras. La doble tiranía del islamismo y del cisma que pesa sobre aquellas infortunadas Iglesias, ha recibido ya sérios ataques y va gastándose cada dia mas.

Haga cuanto quiera la política, la descomposicion del imperio musulman es un hecho visible, y bajo sus ruinas, cuando se derrumbe, aparecerán esas nacionalidades que la sábia cristiana ha conservado allí, oprimidas, pero vivas. Es notable, señores, que el islamismo no ha podido absorverlo todo en el imperio turco, y que, merced al cristianismo, hay todavia en Oriente distintos pueblos, armenios, maronitas, búlgaros y otros para quienes la cuestion nacional se confunde con la cuestion católica; esto con la gracia de Dios constituye una verdadera esperanza para el porvenir de la fé en aquellos paises.

El cisma parece tambien estar herido de muerte. La historia ha demostrado ya con claridad, que al separar á los

pueblos del foco de las luces y de la vida cristiana, y al entregar la Iglesia al poder, el cisma arrastra en pos de sí dos inevitables castigos, la ignorancia y el servilismo de las conciencias.

¡Ah! ¿Porqué tarda tanto el Oriente en reconocerlo? ¿cómo no supo comprenderlo el día en que tan lealmente le tendimos la mano en los concilios de Lyon y de Florencia? Desde entonces no ha habido entre nosotros y el Oriente graves desavenencias doctrinales. ¿Por qué no está consumada esa union tan fácil y tan apetecible? Entonces a lo menos se dió un gran paso, y desde aquellos concilios, si se me permite tomar del lenguaje diplomático una frase expresiva, hay para la union un protocolo abierto, y cada Iglesia oriental puede, cuando quiera poner en él su firma.

Hay mas todavía, y nuevo y solemnemente en la Iglesia católica.

¡Oh Padre comun de todas las Iglesias! ¡oh Pastor de los corderos y de las ovejas! ¡oh Pastor de los Pastores! A pesar de los peligros que os rodean y de las atenciones universales que pesan sobre Vos, ¡cuántas veces, dando al olvido vuestros propios disgustos, habeis vuelto vuestra mirada y fijado vuestro corazon en los disgustos de vuestros hijos en Jesucristo, los cristianos de Oriente, implorando sobre ellos las simpatías y las oraciones del mundo cristiano, y llamándolos hacia Vos con tierno y paternal cariño.

Movido de este especial celo, recientemente todavía el Santo Padre dió al Oriente, en el seno de la importante Congregacion de la Propaganda, nuevos y celosos protectores que considerarán como un deber sagrado el estudiar las necesidades de esas Iglesias, y pondrán todo su esmero en preparar cada día mas la reunion tan apetecida de las comuniones separadas, sin afectar en nada

á los ritos antiguos y venerables, á los que la Santa Sede nunca ha negado su justo homenaje.

Por otra parte se ha fundado una obra providencial, y se ha fundado en Francia y lo que es mas notable, señores, ha salido del seno del Instituto de Francia, del corazon de un sábio que fué uno de los primeros matemáticos de Europa, y tambien uno de los principales cristianos del mundo, el ilustre y malogrado M. Cauchy: me complazco y tengo á orgullo el citar aquí su nombre pues la gratitud para con los hombres que han merecido bien de la Iglesia, es un deber grande y agradable para todos. Pues bien: del corazon de este grande hombre salió la obra de las escuelas de Oriente, y puede decirse que se dedicó á ella hasta la muerte; pues en medio de la imperiosa aridez de sus cifras y de sus admirables cálculos matemáticos, conservaba en el alma la ternura de una hermana de la Caridad!

Por lo demas, esta institucion, como todas las que tienen un objeto grande y son suscitadas por grandes necesidades tiene reservadas especiales bendiciones y un gran porvenir. ¡Con qué celo, señores, la Francia católica correspondió á la escitacion, cuando se recibió la terrible noticia de los asesinatos de los cristianos, y cuán glorioso cede para el jóven eclesiastico á quien miro ahora entre vosotros, honrado por el Sumo Pontifice con distinciones de que tan dignos se muestran su corazon y su celo ser el diputado de la caridad de los católicos cerca de nuestros hermanos de Siria, y llevarles tres millones de francos en nombre de la Francia y del mundo cristiano!

Acudid pues, mis queridos hermanos, con toda la generosidad de vuestros corazones al auxilio de la Obra de las escuelas de Oriente, y la Obra seguirá

enviando á las Iglesias orientales las dos limosnas que han menester, preparando de esta suerte, para un porvenir próximo tal vez, el cumplimiento de los designios misericordiosos de la Providencia en aquellos infortunados países.

Tal es, señores, el objeto directo de esta reunion y de las palabras que os dirijo. Lo que el Oriente nos pide, lo que le daremos, hoy es á un tiempo el brillante testimonio de una gran simpatía, y el útil necesario auxilio de una generosa y considerable limosna.

Vosotros todos, venerables obispos de todo el mundo ¿á qué habeis venido aquí? ¿por que habeis cruzado los mares, separados de vuestra respectiva grey y desafiado las fatigas de un largo viaje? Habeis acudido al Papa, como acude al padre el hijo que sufre, porque os ama y vosotros le amais, y en efecto os dice como un padre á sus hijos: Vosotros sois mi orgullo y mi consuelo.

Nunca quizá se habia hecho otro tanto en la Iglesia para satisfacer simplemente una exigencia del corazon, de afecto, de union.

Pero el corazon es un artista que hace grandes cosas. Vosotros habeis acudido aquí cediendo á un sentimiento de piedad filial, y hé aquí que sin pensarlo, vuestra reunion es un grande acontecimiento.

Pues bien; nuestra reunion producirá todavía otro grande efecto, y será igualmente un grande é inesperado consuelo para las Iglesias de Oriente.

Y lo sabrán y se animarán con ello todos nuestros hermanos de Oriente no solamente los que con animosa fidelidad se han conservado adictos á la Unidad sino tambien los que el cisma ha separado de nuestra comunión, aunque no de nuestra caridad. Ellos dirán: Roma, Francia, España, Alemania, todo el

mundo católico respira amor en favor de las Iglesias de Oriente, y en Roma, en presencia de trescientos obispos reunidos de todas las partes del mundo católico, un obispo de Occidente ha espuesto los infortunios pasados y presentes de nuestras Iglesias, y todos los corazonces se han conmovido.

Obispos católicos de Siria, de Armenia, de Constantinopla y de Esmirna; vosotros esplicareis á vuestros fieles esta íntima y tierna union de los católicos de Occidente y de los católicos de Oriente en la caridad de Jesucristo, en los brazos y junto al corazon del Padre comun... ¡Ah! Vuestra mision, de regeneracion en el seno de vuestras propias Iglesias, y de conquista en el seno de las Iglesias separadas, esta mision repito, es grande y laboriosa; pero vosotros regresareis allá alentados, fortalecidos por vuestra obra, por todos los buenos deseos y las simpatías de Occidente, como tambien acaso por el espectáculo de nuestras Iglesias, de nuestras instituciones, de nuestra disciplina; de nuestros seminarios y de nuestras escuelas, de todos estos focos de apostolado y de doctrina que se franquean á nuestro clero secular y regular, y en fin, por el espectáculo de todo lo que forma nuestra vida, y nuestra fuerza, y que trasportado al Oriente devolvera á vuestras Iglesias su esplendor antiguo y que, gracias á vuestra fiel energia hará revivir, con el celo y la doctrina de los Basilio y Crisóstomos la magnificencia y belleza de antiguos tiempos.

Si vosotros por vuestra parte esperais mucho de nosotros, por la nuestra confiamos tambien mucho en vosotros.

Mas para todas estas obras, señores, es necesario vuestra cooperacion, y ved aquí por qué ocho venerables obispos, cuatro de Oriente, y cuatro de Occidente, van asituarse á las puertas de

esta Iglesia, tendiendo hácia vosotros con alegría su mano suplicante y ofreciéndooos en cambio de vuestros donativos el reconocimiento de vuestro corazón y la bendición de Jesucristo.

(Se continuará.)

NECROLOGIA.

El día 26 de este mes falleció el Cardenal Arzobispo de Sevilla, Señor D. Manuel Joaquin Tarancón, después de una larga enfermedad sufrida con resignación cristiana. Este esclarecido Prelado había dirigido también á S. Santidad una reverente y piadosa manifestación adhiriéndose á la de los Obispos reunidos últimamente en Roma, y tuvo la honra y el consuelo de recibir antes de su muerte una afectuosa contestación del Sumo Pontífice. R. I. P.

REPETIDOS RASGOS

DE CARIDAD.

Señor Director del Boletín eclesiástico del obispado. Tenga V. á bien el dar publicidad en dicho Boletín á estas cortas líneas. El día 27 del finado Julio, una nube asoladora quitó de entre las manos los pocos granos de centeno de la cosecha,

únicos recursos de subsistencia con que contaban los dos pueblos de Triollo y Vidrieros de este obispado, y provincia de Palencia, sepultándolo debajo de tierra, y quedando por esta causa sumergidos sus moradores en la mayor miseria. Tan pronto como el Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de esta diócesis tuvo noticia de esta desgracia, mandó tres mil reales para socorrer á estos miserables. Actos de su bondad, é inagotable caridad que deben consignarse en este Boletín. Ojala que Dios conserve la vida por largos años al protector de tantos desgraciados.—S. S. S. y C., El párroco de Triollo.

ANUNCIOS.

En la imprenta y librería de este Boletín, plazuela de la Catedral núm. 1.º, se hallan de venta las obras de texto para el Seminario Conciliar.

DISPENSAS.

Ha llegado la lista 4.ª de dispensas matrimoniales, que comprende las embancadas hasta el 7 de Mayo del corriente año.